

Fragmentos de mi vida*

María Luisa Puga

Nairobi

Cualquiera que vaya a África por primera vez, si es escritor, se promete escribir una novela sobre África. Es natural. Nada más se lo dice uno así: una novela sobre África. Con los ojos bien abiertos uno se dispone a ver África. Qué mezcla de imágenes tarzanescas, rudyardkiplinescas, literaturientas, en fin. Lo último que se le ocurre a uno es que se llega a un lugar no tan distinto de otros, en el que hay gente viviendo de manera no tan distinta de otras. La primera sacudida, pues, es que África no es tal. Llega uno a un país específico, en este caso Kenia, en donde la gente forcejea con el concepto de nación y se esfuerza por quedar incluida en él. No tan distinto de México.

Venía con mi novela sobre México a medias, pero no fue eso lo que hizo que encontrara a México en Nairobi, ni la vegetación o el clima (una Cuernavaca cualquiera). Fue otra cosa. Algo que me permitió *ver* México por primera vez. Las contradicciones, los racismos, los colonialismos de México. La gente con sus mil identidades, los disfraces, las mentiras. El maquillaje tramposo, en una palabra.

Mi ventana balcón estaba en un quinto piso de un hotel escuela en las afueras de la ciudad, uno de esos flamantes proyectos bilaterales de desarrollo Suiza-Kenia, muy parecido, de hecho, al proyecto de capacitación que acababa de abandonar en México. Los desarrolladores arriba, apresurándose por todos lados con expresiones graves; los desarrollandos abajo, dormitando en los camellones, escuchando instrucciones con expresiones ausentes, dedicándose a sobrevivir a como diera lugar.

* Tomado del libro *María Luisa Puga. De cuerpo entero*, Coordinación de Difusión Cultural UNAM/Ediciones Corunda, México, 1990.

Desde mi ventana los oía, los veía, a todos. Los campesinos que araban el campo que se extendía planísimo kilómetros y kilómetros. Los camareros enfundados en pintorescos uniformes que aprendían a distinguir el vaso de jaibol, del de whisky, del de cerveza. La burguesía que se tendía indolente en torno a la piscina, alternando risueñamente con los blancos. ¿Qué era lo africano de todo aquello? Mi hermana me preguntaba en sus cartas: ¿Pero cómo es África? Lo único que satisface la curiosidad de quien no ha estado es oír: De mi ventana a veces veo pasar un león, una jirafa. O: los negros son tan negros, tan toditamente negros, que son las otras razas las que resultan impuras. A veces llueve, le decía, y se pone todo melancólico, como en Cuernavaca. Y qué bello es el cielo. Te hace sentir que la vida sí es posible.

Mientras terminaba mi novela sobre México, espía a Nairobi, su gente, sus modos. Mi novela podía perfectamente pasar allá, entre nuestro grupo latinoamericano de Naciones Unidas. Nairobi podía ser descrita en términos mexicanos: el desastre del turismo, la pobreza, la corrupción, los hoteles gringos, la Ford anunciando en el aeropuerto: Ford invierte en Kenia...

Pero nada más escribía las impresiones en mi cuaderno. No sólo no soy capaz de escribir dos libros al mismo tiempo, sino que no veía por dónde comenzar a desenredar la madeja.

Es que aquí son racistas, decían los chilenos, venezolanos, argentinos, peruanos, costarricenses, mexicanos que proliferaban en las oficinas para el Desarrollo y el Medio Ambiente de la ONU. ¿En dónde no?, me preguntaba yo.

Las novelas siempre nacen en los transportes públicos, creo. O cuando menos en el tránsito que uno hace de un punto a otro, ocupado en mil diligencias. La visión casi inconsciente de una forma real cuando se está esperando el turno en la tintorería, el banco, el supermercado, el taxi, el semáforo. En esos momentos de espera sorda, con el juicio suspendido, colgado del vaivén del día, se deja venir la imagen que abofetea la conciencia suavemente. Deja un tono, la posibilidad de una historia, la verdad de un personaje.

Y un día ese ropero o desván, o como quiera llamársele, de la conciencia, se llena. Es preciso sacar todo, airearlo, estirarlo, tocarlo, olerlo. Ahí se inicia la escritura. En el silencio de un cuarto, con los ojos de la memoria posados en un punto cualquiera. Ya entonces la realidad no importa. Importa la realidad de la escritura. Puede uno salir a la calle cuantas veces quiera, la realidad es la escritura. Nairobi se me volvió novela. México estaba en la anterior, ya terminada, y yo transitaba de una a otra a través de la escritura, mi transporte público.

Sabía que era preciso publicar. La única manera de entender en dónde me encontraba como escritora. Pero mi novela sobre la comuna en México

no recibió un voto favorable unánime. Me hicieron un juicio del que salí mitad culpable y mitad inocente. Todo esto gracias a la vida internacional que me permitió venir a México por un mes en 1976. Había una conferencia de algo. Desayuno en Nueva Delhi, merienda en el D.F. Algo así.

No podía publicar la novela mientras los personajes vivieran en México. De acuerdo. La guardé. Me dediqué de lleno a mi novela africana, cuando el destino en la forma de Naciones Unidas decidió que nos instaláramos en Oxford. Creo que la novela la terminé en el avión. A lo mejor no. A lo mejor ya fue en Oxford, el caso es que también la guardé y me puse a mirar por mi nueva ventana.

Oxford

Vida a pie, tan idílica que resultaba tediosa. Jardines, parques, arquitectura solemne. No es bueno vivir en Oxford después de haber vivido en Kenia. No es sano. Ver la fragua de la mentalidad imperial tiene algo de obsceno. Pero peor que eso es ver la cotidianeidad pequeñita y mezquina en que esa mentalidad se fragua. El olor a margarina y a coleccionitas de Bruselas que despiden. No es serio.

Por primera vez, en todo caso, podía dedicarme a escribir tiempo completo. Mi estudio era lo más parecido a una noción hollywoodesca de lo que tiene que ser el estudio de un escritor. Era un ático. Veía pasar a los majestuosos catedráticos de la universidad en sus bicicletas. Oía las campanadas de alguna iglesia importante. Mi estudio, entiéndase, se parecía al que sale en la portada de *A room of one's own*.

Y no sabía qué escribir.

Tuve mi primera crisis con respecto a la escritura. Mientras allá afuera todos se dirigían a algún lado, yo estaba encadenada a mi escritorio. ¿Quería eso como vida? Tenía 32 años ya. No me había embarazado nunca. Mi compañero no podía tener hijos. ¿Quería eso? Se escribe siempre con un leve sentimiento de culpa. Se vuelve uno utilitario, depredador casi. Todo sirve para la escritura, todo lo que los demás hacen y son. Sus dolores, sus frustraciones, sus luchas se convierten en nuestro material. Es uno un poco parásito. ¿Quería eso? Mi día largo y solitario, aplicadamente gris me martirizaba. Por primera vez era consciente de lo que significaba dedicarse a escribir.

Un amigo que iba a México se llevó el manuscrito de la novela sobre África. Se preparaba ya el regreso y era necesario saber qué pasaba con mi escritura. Una cosa son los manuscritos guardados ordenadamente en un baúl, en una habitación en donde uno se sienta diario a trabajar, y otra

sentirlos en el aire, en la distancia, ante los ojos de perfectos desconocidos. Estalla una vulnerabilidad tremenda. Una sensación muy clara de que la mitad de la vida propia no le pertenece a uno.

Era tan resguardado mi estudio en Oxford, tan ideal, tan acogedor, que yo me preguntaba por qué ser escritora no podía ser eso: escribir y escribir en la seguridad de esa habitación. Sin que nadie tuviera que ver conmigo. Sin que nadie viera. Mis cuadernos recogían la monotonía de esos días chaparritos y tranquilos. Se respira un aire atemporal en Oxford. Puede uno instalarse en el latín, en el medievo, en la época victoriana y al mismo tiempo comer alimentos chatarra. Es un ensueño erudito y sólido que borra por completo el sonido del mundo.

Yo en mi estudio inventaba novelas. Así, de la nada, para verme escribir; para llenar tiempo hasta el regreso, ahora sí definitivo.

Una novela sobre una reina de belleza. Una novela sobre unos guerrilleros. Quería meter a México en mi escritura, pero era el México que no sabía asir; ese que no vi cuando viví en la comuna. Ese que pasa silenciosamente al lado de uno, distante, entero, ajeno. El que había visto desde la ventana de mi casa en Mazatlán; el que había visto en Nairobi vivir en los camellones. El que muy definitivamente no estaba en Oxford, ni en los proyectos de capacitación o investigación de Naciones Unidas.

Para mi compañero era un cambio más: desayunar en México y mendrar... quién sabe en dónde. Para mí era el final y el comienzo: escribir de manera real, con un lenguaje real y con consecuencias reales. Cuando me avisaron que sí publicarían mi libro, que estaría listo para el mes de mi regreso, julio de 1978, supe que no había marcha atrás.

La vida había sido hasta entonces un juego, pero un juego con una única oportunidad. Un juego que me vivía de manera irreversible.

México

Lo que pasa es que nunca se regresa en realidad. Ya llevo más años de haber regresado que el tiempo que pasé afuera, y aún sigo llegando a realidades distintas, a nuevos estudios, a nuevas ventanas, igual que cuando llegué a Londres la primera vez.

Es cierto que el sentido de continuidad, de pertenencia, de resumen está muy definitivamente en la escritura, pero en alguna parte de mí existe un lugar del que salí y al que no he podido volver jamás. Quizá fue la muerte de mi madre la que me sacó de ese lugar. A veces creo que fueron los cuadernos. El caso es que en México todo se convirtió en escritura.

Un inacabable deseo de escritura que se puede abordar desde muchísimas perspectivas, dé a donde dé la ventana de la habitación propia. Mudarse, acá, significa eso: cambiar de tono narrativo; buscar el ángulo desde donde uno quiere contar tal o cual cosa.

El lenguaje perdió el orden al regreso. Se hizo caótico e incontrolable cuando se salió de mi cuaderno para volver a untarse en los muros, en los rumores, en los objetos. La gente no cabe ya en una mera descripción. Se ha convertido en exabruptos muchas veces incomprensibles que la escritura debe construir para dejar salir las voces con naturalidad. Las historias no son tramas contenidas entre un principio y un fin. Se extienden hacia atrás, hacia adelante, a los lados. El lenguaje dejó de ser un vehículo (mi transporte público) para convertirse en una materia con la que trabajo. Los cuadernos son un espacio de ejercitamiento, de respiro, de desahogo, de libertad gracias al cual me puedo poner a trabajar a diario.

Pero el cambio fundamental, me parece, se produjo en mi relación con la realidad. El escritor es siempre un fuereño. Anda merodeando las cosas desde otro terreno; otro punto de vista. Su vicio y oficio lo transforman poco a poco en una especie de *voyeur*. Sin embargo sí hay una diferencia entre una realidad extranjera y una propia, independientemente de las causas humanas que pueda uno abrazar en donde sea. Hay un nexo innegable con esa realidad en la que uno nació, de la que recibió los primeros sonidos, olores, sabores.

Nunca pensé que me iba a quedar en ninguno de los sitios en donde estuve. No contemplé siquiera la posibilidad porque me resultaba absurda. Si quería escribir era *normal* que quisiera hacerlo en mi país. Pero conocí a muchos exiliados políticos allá, y cuando volví a México me los encontré acá. Aunque haya personas que se adaptan mejor que otras al exilio, sí pude ver cómo se les notaba esa violencia de la que habían sido objeto; esa arma invencible del poder: correr a la gente que no está de acuerdo con él.

No era por razones sentimentales únicamente que necesitaba volver y hacer real mi escritura acá; era también para poder seguir escribiendo; para sentir que mi escritura tiene alguna dirección, algún propósito. ¿Cuáles? Un sentido de transcurso; de comprensión de lo vivido; de maduración... algo que tiene que ver con la historia, la geografía, la naturaleza de lo que nos rodea. La bugambilia de Acapulco no es igual a la de Nairobi. Mi estudio en Oxford no es igual al de la portada del libro de Virginia Woolf que leí en México.

En fin, el espacio de la escritura está en uno. Para propiciarlo a veces es preciso recorrer mucho kilometraje. ●